

La alimentación del lactante en el siglo de las luces

Bularrekoaren elikadura argien mende

J. Muguruza Alberdi

Ex-presidente de la Sociedad Vasco-Navarra de Pediatría.

Desde que el Homo Sapiens hizo su aparición sobre la tierra, hasta hace solamente 8.000 ó 9.000 años que empezó a domesticar ciertas especies animales, no hubo otra alternativa para la alimentación del niño, en los primeros meses de la vida, que la lactancia materna, proseguida hasta que una dentadura suficiente permitiera iniciar una alimentación variada. Cuando esta lactancia materna por cualquier motivo (fallecimiento, abandono, severa agalactia, etc.) no era posible, el lactante quedaba condenado a morir por inanición a no ser que otra hembra sustituyera voluntariamente a la madre en sus funciones nutricias.

En el Neolítico, aquel hombre primitivo cazador y nómada modifica radicalmente su modo de vida. Se hace sedentario, agricultor y ganadero. La oveja, la cabra y la vaca, además del perro (su primer compañero) forman parte de su hacienda. A partir de este momento, el niño dispone para su alimentación, además de la leche de mujer, la de los animales domésticos. La experiencia enseña, sin embargo, desde un principio, que la sustitución de la leche materna por la leche de animales no puede hacerse sin graves riesgos para el lactante. Se ignoran las causas íntimas del fenómeno, pero es evidente que alguna diferencia importante existe en la composición de esos líquidos de aspecto tan similar a primera vista. Con el tiempo se ensayan leches procedentes de otras especies que se logra también domesticar (burra, yegua, etc.). ¡Los mismos descorazonadores resultados! La morbi-mortalidad en los niños criados artificialmente es siempre muy superior a la de sus congéneres alimentados al pecho.

Esta situación permanece inalterable a través de los siglos, a pesar de todos los intentos para buscar alguna solución satisfactoria. La leche materna solamente es reemplazable con garantías de éxito por la leche de otra mujer, consecuentemente

conocemos la existencia de nodrizas en las más antiguas civilizaciones.

Solamente al finalizar el siglo XIX, a partir de los descubrimientos de Pasteur y de los primeros análisis químicos que mostraron groseras diferencias en la composición de la leche humana y las de otras especies animales, la utilización de la vaca (la más asequible) diluida, azucarada y esterilizada, representa, pese a su elementalidad, un paso importante en la práctica de la lactancia artificial.

Desde entonces, y muy especialmente durante los últimos decenios, la industria alimentaria con su formidable progreso pone a disposición del puericultor alimentos cada vez mejor tolerados por el lactante, hasta llegar a las fórmulas adaptadas actuales cuya composición química se asemeja ya mucho a la leche de mujer. Gracias a estos productos, la alimentación artificial del niño se hace más fácil. La exigencia de la crianza al pecho no se presenta ya con la perentoriedad de antaño y en plena euforia llega a decirse con imprudente ligereza que en los pueblos civilizados ya no es necesaria la lactancia natural (Morris).

Todas las consideraciones anteriores, juntamente con los profundos cambios socioeconómicos acaecidos durante la última centuria, han logrado que la lactancia mercenaria tan extendida hasta fechas muy recientes, no sea ya felizmente más que un recuerdo de tiempos pasados.

Pero retrocedamos al siglo XVIII, siglo de la ilustración o de las luces. Se trata de un período de rápida evolución de la vieja estructura rural-feudal a una nueva burguesa-industrial. El siglo XVIII es testigo de un importante crecimiento de la industria, el comercio y la navegación; de un incremento de la riqueza en suma, así como de profundos cambios en el pensamiento.

Pero la distribución de la riqueza es muy irregular. Las diferencias sociales se

acentúan alarmantemente, no obstante las bellas palabras de los filósofos que predicaban la filantropía, la igualdad y la fraternidad. Mientras los campesinos en el agro y los proletarios en los suburbios se debaten en la miseria, la nobleza, la corte y la nueva burguesía capitalista disfrutan alegremente una vida fastuosa y despreocupada.

El lujo en los aristocráticos salones es escandaloso. Las damas lucen costosos vestidos provocadoramente escotados, exhiben complicados peinados y joyas espléndidas; los atildados caballeros compiten con las señoras en compostura y adornos. Parece que el hedonismo es el único norte de sus vidas y ... en ese fastuoso marco, ¿cómo dedicarse a lactar a un bebé con la insoportable sujeción que ello comporta? ¿No son bastante nueve meses de gravoso embarazo para prolongarlos luego con una larga lactancia como cu alquier ruda campesina?.

En los salones se oye música, se danza, se murmura, se coquetea y hasta se habla de arte, de filosofía y de política.

Entre tanto, la medicina ilustrada (algunos espíritus selectos) se interesa por determinados grupos de edad y estratos de la población hasta entonces gravemente descuidados; especialmente por los niños, cuya mortalidad masiva comienza a considerarse un escándalo. No obstante, los resultados prácticos conseguidos son desalentadores.

La alimentación artificial con leche de animales, aunque utilizada desde épocas remotas, suscita un interés creciente. Numerosos pediatras tratan de perfeccionar su técnica y mejorar sus resultados, pero las opiniones se hallan muy divididas.

Baldini, Roulin, Rosen von Rosenstein, etc., proponen diversos modelos de biberones. Armstrong, con buen sentido, recomienda hervir la leche, lo que rechaza Cadogan por el cambio de sabor que la ebullición produce. Moss señala la gran similitud entre la leche de burra y la de mujer y

Desseartz establece un orden de preferencia entre las distintas especies: leche de mujer, de burra, de cabra, de vaca y de oveja.

Alphonse Leroy opina que las virtudes de la leche se deben a un principio vital que desaparece en contacto con el aire; por consiguiente, preconiza la tetada directa del animal correspondiente, lo que realiza con los niños del hospicio de Aix en Provence, que él dirige, utilizando cabras. La disminución de la mortalidad que con este proceder pretende haber conseguido despierata un vivo interés, pero desgraciadamente no es confirmada en otras instituciones.

Cadogan, excesivamente optimista, piensa que la leche de animales no es nociva si se respetan las sencillas reglas que él preconiza, pero Van Switten (sin duda alguna el más sensato) no comprende cómo un niño constituido para digerir la leche de mujer, puede soportar la que proviene de especies inferiores tan distintas de la nuestra.

A pesar de todos los esfuerzos, la mortalidad de los niños sometidos a lactancia artificial es aterradora; tanto que se elude en lo posible, incluso en los hospicios, encomendando los niños a nodrizas mercenarias. Tampoco así son satisfactorios los resultados.

Las familias acomodadas traen las nodrizas a sus casas donde pueden fácilmente controlarlas, pero ello determina el abandono por aquellas de sus hijos, expuestos a todos los riesgos de la lactancia artificial en las manos inexpertas de abuelas, tías o vecinas.

La mayor parte de los niños por razones económicas son enviados para su crianza a las aldeas. Las nodrizas abundan en el agro; la precaria situación de las familias campesinas se alivia en parte con el ingreso suplementario que produce la crianza de un niño extraño. Muchas jóvenes solteras (tan grande es su miseria) buscan adrede el

embarazo para ganarse como nodrizas el sustento. La lactancia mercenaria en sus dos modalidades -en casa de la nodriza o en el domicilio de los padres- predomina con mucho sobre la materna. En París, por ejemplo, un estudio realizado en 1780 sobre 21.000 niños, revela que solamente 1.801 son lactados por sus madres; el resto casi en su totalidad, por nodrizas; muy pocos con leche de animales.

Mientras en otros países se ignora oficialmente el problema, en Francia se crea en 1759 el Bureau des Nourrices de la rue Ste. Apolline y se promulga un código dando normas sobre salarios y garantías a los padres sobre la calidad de la leche y salud de la nodriza. El Bureau des Nourrices se encarga del transporte de los niños, cuyos protectores naturales en el medio rural serán los párrocos y los alcaldes. Alcanzaron triste celebridad aquellos tétricos «trains des nourrices» donde tantos niños inocentes emprendían un viaje sin retorno.

Y ... no es éste el primer intento de reglamentación de la lactancia mercenaria; ya en 1715 (en tiempos de Luis XIV) una Real Cédula establecía severas penas para sancionar incluso con castigos corporales las negligencias y trapacerías de las nodrizas.

En Inglaterra también se hacen importantes esfuerzos para la protección de los niños, como refleja la creación de la Inclusa de Londres en 1741, y la apertura por Armstrong (1765) de un dispensario para la asistencia de niños pobres. En 1769 J. Hanway obtiene un Real Decreto por el cual las parroquias londinenses deben mandar a los lactantes de las familias sin recursos al campo, para ser criados allí por nodrizas mercenarias.

Con todo ello no se consigue evitar una mortalidad enorme, un verdadero holocausto de inocentes. Cadogan llega a afirmar que no es menos inhumano enviar un niño a la nodriza que abandonarlo.

que creí serlo. Yo hubiera querido y quisiera toda caserío, predominó ampliamente sobre la vía haber sido criado y educado como lo han sido realizada en casa del niño, y es preciso pro-

Digamos, por último, que J.J. Rousseau conoció en Venecia y luego convivió en París con el caballero guipuzcoano Ignacio Manuel de Altuna y Portu, llegando a intimar hasta el punto que proyectaron vivir juntos en Azcoitia al regreso de Altuna a su patria. Circunstancias ajenas a su voluntad impidieron que el proyecto se realizara; pero en sus «Confesiones» nos ha dejado el ginebrino un elogio tan encendido de su amigo, como pocas veces se habrá hecho de persona alguna.

Para terminar, es de justicia reconocer que desde su tribuna filosófica literaria influyó Rousseau con eficacia mayor que los médicos de su tiempo en la recta orientación de la higiene alimentaria del niño.

En nuestro País Vasco fue también muy frecuente la lactancia mercenaria en épocas pasadas y ha perdurado hasta fechas relativamente recientes. Como en otras naciones, la lactancia en casa de la nodriza, en el

clamar (con verdadera satisfacción porque evidencia la alta moralidad de nuestros aldeanos) que salvo rarísimas excepciones, nunca revistió los trágicos caracteres que denuncia Rousseau en la campiña francesa. Por el contrario, los lazos de entrañable afecto entre la madre adoptiva y el niño criado a sus pechos, perduraban ordinariamente toda la vida.

A modo de botón de muestra, resulta ilustrativo el libro publicado en Pamplona en 1801 bajo el título (largo y prolijo al gusto de la época) de «*Causas prácticas de la muerte de los niños expósitos en sus primeros años. Remedios en su origen de tan grave mal y moda*» conducta de Doña Marina Sáenz de Licona de formarlos útiles a la Religión y al Estado con ya fallecida tras haber dado 11 hijos al solar notable aumento de la población, fuerza y riqueza de España» por Don Joaquín Xavier de Uriz. En él puede comprobarse que el tema capital y obsesivo de la obra, al igual que en casi todos los tratadistas contemporáneos, lo constituye la alimentación de los niños. Consciente Uriz de las dificultades

de la lactancia artificial, así como de encontrar en la ciudad nodrizas adecuadas internas o mediopensionistas, propugna enviar los niños a lactar fuera de la inclusa, recomendando las aldeas como lugares idóneos, «*ya que allí se dan mejores condiciones higiénicas y es más fácil encontrar excelentes nodrizas*».

En el camino viejo que desde Loyola conduce hasta Azpeitia siguiendo el curso del Urola, a unos 300 metros de la casa torre, se alza el caserío Eguibar, donde una lápida adosada al muro, nos recuerda que allí fue criado San Ignacio de Loyola.

No se trata del siglo de las luces, ni podemos tildar de cómoda frivolidad la *Remedio en su origen de tan grave mal y moda* de Doña Marina Sáenz de Licona ya fallecida tras haber dado 11 hijos al solar de Loyola. Solamente queremos recordar que el santo fundador conservó siempre un entrañable cariño a la familia de Eguibar que consideró como una prolongación de la suya propia; cariño que fue generosamente correspondido por todos ellos.